

INFANTIL





**COMO METER UN PERRO  
EN UNA VALIJA**

**LAURA CEDEIRA**

• Ilustrado por: JUANA NEUMANN

Cedeira, Laura

Como meter un perro en una valija / Laura Cedeira ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Juana Neumann. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015.

114 p. : il. ; 14x15 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 9)

ISBN 978-987-3772-13-9

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Neumann, Juana, illus. IV. Título  
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

## ► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

————— **Ministerio de Cultura** —————

Franco Vitali  
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi  
Ministra de Cultura



LAURA CEDEIRA

BUENOS AIRES, 1979. A los 16 años editó el fanzine *La 99*, mecanografiado, en fotocopias y de distribución puerta a puerta. Es Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA). Trabajó en prensa y comunicación institucional. Como periodista colaboró en las revistas *Tercer Sector*, *Debate* y *Haciendo Cine*; el periódico *Artes Escénicas*; el suplemento *Comunidad de La Nación* y el canal

*Alternativa Teatral TV*. Presentó, junto a Alberto Sava, el cuaderno de acción cultural Arte y fútbol para la transformación social (Artes Escénicas. 2011), experiencia de viaje en Arenal, aldea ubicada en la frontera entre Belice y Guatemala. Parte de ese recorrido se puede leer en su blog *Comunicadora Itinerante* y *Somos Andando*. Actualmente integra el equipo del proyecto Familias y Nutrición del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.





JUANA NEUMANN

ROSARIO, SANTA FÉ, 1977. Estudió dibujo y pintura desde muy chica en distintos talleres. Dibuja, hace muestras y participa del Colectivo *Piñas de Dibujo Independiente*. Vive y trabaja en Buenos Aires.



**COMO METER UN  
PERRO EN UNA VALIJA**



“Nos mudamos” le dijo la mamá ese día a la niña de los ojos de almendras. Luego le acarició el pelo y le pidió que escribiese una lista con todas las cosas que le gustaría llevarse al nuevo hogar.

Al otro día, Julieta (así se llamaba la niña de los ojos de almendras) encontró una valija grande, de color azul, en

la puerta de su cuarto. Apoyado sobre ella había un papel escrito con marcador rojo: “Acordate de hacer la lista de las cosas importantes así después las guardamos acá”, decía el letrero.

Julieta dobló el mensaje, lo dejó adentro de su libro preferido, se puso el guardapolvo y se fue a la escuela.

En el camino –mientras observaba como el viento del otoño empujaba las hojas de los árboles de aquí para allá y las hacía bailar una suave danza de punta a punta de la vereda– pensó en la



nota que encontró sobre la valija: ¿cuáles serían “las cosas importantes”? Vivía en la casa de color ladrillo y techos de tejas desde que empezó a distinguir entre las manos de su mamá y las suyas, entre los dibujos de sus primeros libros y las imágenes móviles de la televisión, entre el pelo canoso de su abuelo y el peluche suave del osito que la acompañaba a la cama todas las noches (y que aún hoy custodia de cerca su descanso y sus sueños). ¿Cómo podría ella elegir sólo algunas cosas?

## 2

Esa tarde, cuando volvió de la escuela, Julieta se encerró en su cuarto; se sentó en su cama e intentó hacer la lista con lo que guardaría en la valija azul. Escribió varias palabras, que luego tachó con dos gruesas líneas de lápiz negro. También hizo unos garabatos, casi incomprensibles, mientras pensaba mirando por la ventana.

Pasaban los minutos y no anotaba nada. Solo una idea se le aparecía todo



el tiempo en la cabeza: lo más importante que tenía en su casa era Alfonsina, su perra. Pero, como ella no era una “cosa”, no iban a poder meterla en la valija azul.

Miró de nuevo por la ventana, se refregó el ojo derecho y escribió “Alfonsina”. Finalmente, se quedó dormida con el lápiz en la mano y el cuaderno sobre el pecho.

Media hora después la despertaron los lengüetazos de su perra en la cara. Feliz de verla, se acomodó un poco el

pelo, se cambió la ropa del colegio, le puso la correa y la llevó a pasear por el barrio. Hacían siempre el mismo camino por las calles de El Palomar: unos pasos hasta la esquina, luego una cuadra a la izquierda y otras cuatro hasta llegar a la plaza. Como la perra se portaba bien y hacía caso, Julieta la dejaba suelta. Juntas corrían por los senderos del parque; ella se escondía y las cuatro patitas perrunas iban rápidamente a su encuentro.

Alfonsina tenía tres años, era mestiza, de color negro, tamaño mediano y ojos





marrones. Una franja de pelo blanco en el pecho, a modo de corbata, le hacía juego con las manchitas del mismo tono de sus patas. La mamá de Julieta la había encontrado en el andén del tren, dos años atrás, una tarde que volvía del trabajo. No pudo dejar de mirarla y se la llevó a la casa. Esa noche –tal vez por el miedo, el hambre y la sed que había padecido– durmió acurrucadita en un rincón de la cocina. Al otro día ya estaba instalada en la cama de Julieta y era una más de la familia.

Durante uno de los descansos del juego con su perra, Julieta vio a Gabo a lo lejos, en la zona de las hamacas. Se acercó, ató a Alfonsina en las rejas (porque no se admiten perros), le hizo señas con la mano a su amigo y entró.

—¿Qué hacés?

—Juego a las escondidas con Alfonsina.

—Te encuentra siempre, ¿no? Un perro nunca va a ser más lento que vos. Ellos tienen olfato, Juli. Saben antes que nadie dónde están las cosas que quie-



ren. ¿No viste cómo van oliendo el piso?

–A mí me gusta jugar igual, aunque me encuentre. Es gracioso cuando aprovecho que está distraída y me escondo. Queda como perdida unos segundos, hasta que viene hacia donde estoy. Aparte, hay algo mágico que me encanta de los perros; aunque hayan pasado dos minutos desde que dejaron de verte, te saludan como si hubieran sido años.

–Es verdad, eso está buenísimo. A mí también me gustan los perros, pero no

me dejan tener en casa. Mi papá dice que destrozan todo y que dan mucho trabajo.

—¿Te vas a quedar acá? Quiero ir cerca de Alfo, escuchala como ladra.

—Voy con vos.

Gabo dejó la hamaca y juntos fueron a desatar a la perra. Al rato, mientras caminaban sin rumbo por el barrio, Julieta le contó a su amigo la noticia de la mudanza. Un silencio incómodo se instaló entre ellos por unos minutos.



—¿Vas a seguir yendo a la escuela?

—Sí. Mamá dijo que sólo nos mudamos de casa.

Al rato, cuando Alfonsina ya arrastraba las patas del cansancio y la luz de la tarde comenzaba a cederle espacio a la noche, los amigos se despidieron y quedaron en encontrarse al día siguiente en la esquina de siempre, para caminar juntos hacia la escuela.

Julieta y Gabriel se conocían desde

preescolar. Ambos tenían cinco años cuando él se mudó a El Palomar con su familia y no le quedó otra que empezar de cero con eso de hacerse amigos. Ella lo vio entrar a la salita todo transpirado y con cara de susto y, con un gesto que luego describió como “super-recontra-amistoso”, le hizo lugar a su lado en la ronda de saludos que compartían en el jardín todas las mañanas. Pasaron los días y, entre “dame un crayón, te presto mis lápices, te cambio esta figu si me regalás ese caramelo”, comenzaron



a hacerse amigos.



Había pasado una semana desde el día en que conoció la noticia y, aunque Julieta se sentía aliviada porque su mejor amigo ya estaba enterado, todavía no lograba hacerse la idea de que se mudaría a otra casa. Estaba rara, callada, muy pensativa; no había escrito nada más en la lista de “las cosas im-

portantes” ni guardado algo en la valija azul. Parecía casualidad, pero todos los días encontraba algo mejor para hacer. Salía del colegio y se colaba a almorzar en lo de Gabo o, si volvía a su casa, enseguida se iba con Alfonsina a la plaza. Cuando no tenía ninguna actividad de la escuela, por la tarde, invitaba a alguna compañera para “hacer juntas la tarea” (según lo que le decía a su mamá), y hasta hubo un jueves que aceptó quedarse a dormir en lo de Milagros (cuando era sabido que a ella no le gustaba





nada compartir el momento del sueño con otros).

En una de aquellas visitas-almuerzos le contó a Gabo, con los ojos vidriosos y esquivando su mirada, por qué la mudanza la tenía tan inquieta.

–Me parece que mi mamá no quiere que llevemos a Alfonsina con nosotras a la nueva casa.

–¿De dónde sacaste esa idea?

Gabo le contestó con tono burlón y

apretando los dientes contra el labio inferior de la boca, con el típico gesto de “no entendés nada”.

—¿Ves?, me imaginé que no me ibas a creer. Pero es así, el día que me dio la noticia de la mudanza, me pidió que le haga una lista con las cosas para llevar a la casa nueva. Me dijo “cosas importantes”.

—¿Y? ¿Eso que tiene que ver con Alfo?  
—¿No te das cuenta? Dijo solo “cosas” y Alfo no es una cosa. Además, se puso



muy rara con ella. Le saca demasiado rápido el plato de la comida, no le lava el collar ni la correa y tampoco le quiso comprar una cuchita hermosa que vimos en el negocio de cosas para perros. ¡Ah! ¡Y no la deja subir más a la cama!

–Ay nena, me hacés reír. ¿Mirá si lo de la lista o esos cambios que decís van a ser porque no quiere que esté en la familia o porque no la quiere más? Para mí tu mamá no haría nunca esas cosas. Tenés demasiada imaginación vos.

Julieta clavó sus ojos en los de Gabo, se levantó del sillón donde jugaban a los videos juegos, se puso la mochila, le hizo –ella también– el gesto de “no entendés nada” y se fue a su casa.



Aunque Gabriel no le creía, ella estaba convencida: su mamá ya no quería a Alfonsina y no la llevaría a la casa nueva. Había dicho “cosas”, no “amigas”.



Durante los días siguientes Julieta se pasó todas las noches pensando planes para evitar esa catástrofe. Lo tenía decidido: nadie iba a separarla de su mejor amiga. Ya sentía un dolorcito en el cuerpo por tener que irse de su casa de toda la vida, como para tener que despedirse también de quien la había elegido como “su humana”. Sí, si fuera necesario lucharía como las heroínas de las historietas o de las películas (cuando de su perra se trataba, Julieta se sentía poderosa).



–Quiero mucho a mi mamá pero sin Alfo no podría vivir –dijo Julieta.

Estaban en la escuela, esperando a la maestra de Ciencias Sociales en el fondo del aula, en uno de los bancos donde se sientan los que siempre hacen lío en las clases. Julieta quería contarle el plan que se le había ocurrido la noche anterior.

–Tenés que ayudarme a conseguir esa máquina que le borra la memoria a la gente. Una que vi el otro día en Internet.



–Pero me parece que no es la memoria lo que borra, sino sólo los recuerdos feos. Creo que los científicos crearon esa máquina para que la gente se olvide de las cosas que les hicieron mal. ¡Y Alfo no es un mal recuerdo para tu mamá, Julieta!

–Ya sé nene, pero sí puede servir para que se olvide de esa idea alocada de no llevarla a la nueva casa. Nosotros le hacemos el borramiento de intenciones, ella no lo recuerda más y listo, ¡Alfonsina conmigo en mi cuarto

como siempre!

Gabo la miró entre risueño y preocupado. No sabía si su amiga se estaba pasando con la imaginación y las suposiciones, o si en realidad había un poquito de verdad en eso de las intenciones de su mamá.

–Bueno, yo te ayudaría pero decime cómo vamos a hacer para conseguir la máquina-borra-memoria.

–Ah, eso te lo dejo a vos. Dale, in-





geniátelas y borremosle esa idea a mi mamá.

–Shh, callate, que ahí llegó la seño. Bueno, a la tarde cuando nos veamos voy a tener pensada alguna forma de hacerlo.

Norma –que se retrasó porque había encontrado un benteveo en el fondo de su casa– les hizo marcar en un mapa físico político las capitales de las provincias de Argentina. Lo habían visto la clase pasada pero casi nadie pudo recordar más de dos nombres.

Por esas horas, a ninguno de los dos amigos le importaba demasiado las capitales de aquellas provincias lejanas. Algo más próximo en tiempo y espacio los tenía inquietos: salvar a la pobre Alfonsina de los planes de la mamá de Julieta.

A la salida de la escuela, Gabo volvió a su casa por un camino diferente del habitual; tenía que comprar las verduras que su mamá le había encargado para el almuerzo. Tres cuadras antes de llegar, mientras hacía malabares para sostener



la mochila, las dos bolsas con zanahorias, papas, choclos y batatas, y el libro de aventuras que le había prestado su compañero Fernando, vio en el kiosco de diarios de la esquina algo que le llamó la atención. “Hoy llegó al país la máquina que puede borrar ideas y malos recuerdos de la memoria”, decía la tapa de la revista de novedades científicas.

Pensando en lo que le había prometido a su amiga en la clase de Ciencias Sociales, compró “Cien ideas de la ciencia actual” con lo que le sobró del mandado

y aceleró el paso para llegar a su casa.

Unas horas más tarde Julieta y Alfonsina tocaron el timbre de la casa de Gabo.

–La máquina-borra-memorias está en la Facultad de Medicina –le dijo Gabo a la ansiosa de su amiga.

–¿Y cómo vamos a sacarla de ahí sin que nadie nos atrape?

–No vamos a sacarla. Lo que tenemos que hacer es llevar a tu mamá hasta allá y borrarle la idea ahí mismo, en la Facultad.



–¡Perfecto! Bueno, espero que no se le olvide nada más. ¿Mirá si después no me reconoce?

–Es sólo una cosa lo que puede borrar, dice la revista. A parte, la máquina debe traer instrucciones de uso.

Escondidos en la pieza de Gabo, con Alfonsina de testigo, planearon paso a paso cómo iban a realizar el plan y describieron en un cuaderno el funcionamiento de la máquina (la nota de la revista “Cien ideas de la ciencia actual”

explicaba la forma en que actuaba la nueva invención, accediendo al cerebro humano y seleccionando una idea o un mal recuerdo). Los amigos también decidieron qué excusa usarían para llevar a la mamá hasta la Facultad de Medicina, y lograron evadir con éxito las insistentes preguntas de los hermanos de Gabo, que cada tanto entraban a la pieza preguntando en qué andaban.

Con toda la estrategia organizada se despidieron hasta el lunes, el día elegido para poner en marcha el plan. Julieta



le tiró un beso desde lejos, él le sonrió y entró rápido a su casa a chequear una vez más los preparativos.



Julieta y su mamá recorrían junto a Gabo los pasillos de la Facultad de Medicina, buscando el aula 201. La excusa de los chicos para llevarla fue que el profesor de Ciencias Naturales los había invitado a la clase especial sobre

“Locomoción en la escala evolutiva”. Quería que los estudiantes, y los padres que los acompañaban, conocieran su trabajo en la facultad.

Mientras Julieta y la mamá caminaban unos pasitos más adelante, Gabo chequeaba de reojo la hoja con el mapa que había copiado de Internet; ahí estaba el Laboratorio General de Nuevas Tecnologías, donde guardaban la máquina-borra-memoria.

—Tengo que ir al baño. Las encuentro





directamente en el aula, es en el segundo piso –mintió Gabo, con cara de “no aguanto más el pis”.

Con el plano en la mano, corrió por los pasillos de la Facultad, buscando el laboratorio.

–¿Sabías, mamá, que el ser humano es bípedo y su sistema locomotor madura progresivamente durante los primeros años de vida? Por eso los bebés comienzan a alzar la cabeza para explorar el entorno con la vista...

Al mismo tiempo que Julieta entretenía a su mamá con todo lo que recordaba de la clase de Ciencias Naturales del día anterior, Gabo, por fin, encontraba el “Laboratorio General de Nuevas Tecnologías”, al fondo del pasillo, cerca del auditorio.

Al llegar, se acercó despacio y miró por el vidrio que enmarcaba la puerta. No vio ninguna máquina, sólo dos escritorios y varias estanterías repletas de frascos de diferentes tamaños, libros y



herramientas que no conocía. Probó la cerradura. La puerta estaba abierta.

Mientras tanto, en el segundo piso, Julieta no paraba de hablar y su mamá ya empezaba a ponerse nerviosa.

—... cartílagos, huesos y articulaciones.

Atrás de uno de los escritorios, apoyada sobre la pared, Gabo vio a la máquina-borra-memoria. Estaba protegida por un plástico y tenía pegada una

etiqueta que decía “Frágil. No tocar”.

Salió del laboratorio, nervioso, miró hacia ambos lados del pasillo y, cuando vio que no había nadie, caminó hasta la escalera que lo llevaba al segundo piso.

—¡Ahí está Gabo! Te dije que iba a llegar antes que nosotras —suspiró aliviada Julieta.

—No hay nadie en esta aula. Me parece que nos equivocamos de número. ¿Vos anotaste lo mismo que yo? —dijo Gabo.

—Sí, 201.

—¿Probamos con la 301?, tal vez los



dos entendimos mal.

Siguieron el mismo camino que unos minutos antes había recorrido Gabo. Pero esta vez él simuló extraviarse, las llevó hasta la puerta del laboratorio y les dijo:

–Hace un rato pasé por acá, cuando buscaba el aula 201. Vengan, quiero mostrarles algo que encontré.

Abrió la puerta y les hizo señas para que entraran. Hicieron sentar a la mamá

en una de las sillas y, mientras Julieta la distraía contándole más detalles sobre la clase de Ciencias Naturales, Gabo intentaba abrir el plástico que recubría la máquina-borra-memoria. Cuando estaba por lograrlo, se escuchó una voz desde la puerta del laboratorio.

—¿Qué hacen ustedes acá? Y vos, nene, salí de ahí, no toqués la fotocopidora, que es nueva y vas a romperla.

Julieta y Gabo se miraron decepcio-



nados. El señor los invitó a salir con un gesto, miró de arriba hacia abajo a la mamá de Julieta y les dijo que se fueran de ahí inmediatamente.

Ella, alterada, agarró del brazo a Gabo (que ya había sacado las manos de la supuesta máquina-borra-memoria y actual fotocopador) pidió disculpas al señor y, roja de la vergüenza, sacó a los chicos del laboratorio.

Salieron de la Facultad y caminaron las dos cuadras hasta el auto en silencio. Media hora después estaban los tres pa-

rados en la puerta de la casa de Gabo.

La mamá les pidió explicaciones y amenazó con hablar con la familia de Gabriel si no le contaban la verdad. Quería saber qué había pasado con la supuesta clase del profesor Ernesto y la visita al laboratorio. Los chicos no sabían qué decir. Ninguno quería traicionar al otro, pero tampoco mentir.

–Nos equivocamos de aula, mamá, nada más. Eso pasó.

–Y yo las llevé al laboratorio porque





quería mostrarles algo que había visto. Cuando me perdí, después de ir al baño, vi en el laboratorio una réplica de un ratón disecado. O un ratón disecado, no sé bien qué era. Eso quería mostrarles.

La mamá de Julieta miró enojada a Gabo y, alzando la voz, les dijo a los chicos que no les creía nada. Luego mandó a dormir a Gabo y aseguró que al otro día hablarían tranquilos, con la verdad.

Julieta vio cómo su amigo entraba a su edificio y pensó qué le iba a decir a

su mamá cuando le pidiera más explicaciones. Ella no tenía la misma capacidad que él para inventar historias. Seguramente la descubriría muy fácilmente si le hacía muchas preguntas.

Pero no hubo más cuestionamientos ni retos o sermones. Llegaron a la casa, cenaron sin hablar y se fueron a dormir.



—Nos salió todo al revés.



–Sí. Pero vos también, ¿cómo no te vas a dar cuenta de que era una fotocopiadora?

Se miraron y no pudieron contener las carcajadas. Estaban en el patio de la escuela, alejados del resto de los compañeros, compartiendo un paquete de caramelos durante el recreo.

–Y bueno, ¿qué sé yo?, nunca vi una máquina-borra-memorias. No tenía con qué comparar, che. Aparte, estaba en-

vuelta con ese plástico y decía “Frágil, no tocar”.

–Yo pensé que la habías encontrado y que por eso nos llevabas al laboratorio.

–Sí, eso era lo que yo creía. En la revista decía que estaba guardada justo ahí.

–Zafamos por casualidad. Igual, para mí que mi mamá hoy me vuelve a preguntar si era verdad eso de la clase del profe Ernesto.

–Y si pregunta acá en el cole, estamos fritos.

–Hay que intentar con otro plan ya.



Faltan siete días para la mudanza. Si no hago algo, me voy a quedar sin Alfonsina. A parte se la pasa pidiéndome la famosa lista esa, la de “las cosas importantes”.

–Bueno, pará, algo se nos va a ocurrir. Ya vas a ver.

Cada uno se quedó en silencio pensando unos minutos, con la mirada fija en un punto, como intentando exprimir el cerebro, pescar ideas en un enorme océano, hacer volar los pajaritos de la cabeza y pedirles una buena estrategia

(o una estrategia, por lo menos).

–¡Ya sé!, tenemos que disfrazar a Alfonsina y sacarla de mi casa. La llevamos a lo del abuelo Lorenzo y le pedimos que la esconda ahí un tiempo.

–Ah, no...si vos estás cada vez peor. ¿A lo de tu abuelo Lorenzo? Pero si él vive re lejos y además tiene dos perros y como mil gatos. ¿Cómo vas a hacer para que acepte quedarse con Alfo?

–No le voy a consultar. La voy a esconder en el cuartito de las herramientas que el abuelo tiene en el quincho.



–Este plan me parece más desastroso que el anterior. No entiendo para qué disfrazarla, si todos se van a dar cuenta de que es una perra. Aparte, ¿cuánto tiempo puede estar escondida en un cuartito la pobre Alfo? Va a morir de hambre en dos minutos.

Julieta, triste y decepcionada, bajó la cabeza y pensó que si no se les ocurría ningún otro plan, las esperanzas de mantener a su perra con ella se marchitarían, como esas plantitas traídas des-

de Mercedes que una vez le regaló su abuela Elsa y ella dejó olvidadas en un rincón del living, sin agua.



Ese mismo día, a la tarde, Gabo miraba un partido de fútbol en la tele de su casa. Cuando estaba por comenzar el segundo tiempo, la cámara quedó fija en una imagen que le hizo imaginar otro posible plan para ayudar a Julieta.





Un oso llamado Coco era la mascota del equipo. En realidad, el animal en cuestión era un hombre disfrazado con un traje de colores, gigante y caluroso.

A Gabo se le iluminó la cara. ¡Qué buena idea! Se levantó del sillón corriendo y llamó a su amiga.

–Lo tengo, Juli. Vení para acá rápido.

–Esperá que mi mamá no deja de hacerme preguntas. Trato de zafar y salgo para allá.

–Dale, apurate.

Dos horas después estaban sentados en el sillón de la casa de Gabo, atacando una docena de facturas y arreglando los detalles del nuevo plan.

—¿Viste que en muchos clubes de fútbol del mundo hay una mascota? Bueno, nosotros tenemos que lograr que el equipo del barrio adopte a Alfonsina como su mascota. Tu mamá no va a poder separarte de ella, porque no va a querer tener en contra a todos los chicos de la categoría 2004.



–¡Sos un genio! ¿Por dónde empezamos? ¿Vamos a buscar a Alfo y la llevamos al club?

–Esperá, esperá; mejor me fijo primero en Internet qué día entrenan los jugadores y vamos a decirles.

Al otro día, los dos amigos más una Alfonsina bañada y emperifollada para la ocasión, entraban al club Águilas de El Palomar con la esperanza de lograr su objetivo.

Extrañamente, no encontraron a na-

die. Buscaron al director técnico del equipo en la cancha, en el bufé, en los baños y hasta en el sótano donde se guardan los arcos viejos, y nada. Evidentemente, ese día no había entrenamiento. Cuando estaban por irse, cerca de la puerta de salida, escucharon que alguien les chiflaba. Se dieron vuelta y vieron acercarse a un hombre alto y flaco que les sonreía.

—¿A quién buscan ustedes dos? —les preguntó el hombre con voz gruesa y



firme, de esas que usan los profesores de las escuelas.

El club era chico. Al entrar, ya se pisaba la cancha de fútbol; a la derecha, los baños; al fondo, un pasillo que llevaba a un pequeño salón donde estaban el bufé y un espacio para reuniones.

–Queremos que mi perra Alfonsina sea la mascota del equipo de fútbol del club –dijo Julieta.

–¿A ella le gusta el fútbol? –preguntó

el hombre alto y flaco.

–Sí, obvio. En la plaza, cuando hay chicos jugando, se pone re contenta y corre detrás de la pelota.

El señor –que resultó ser el director técnico del equipo– sonrió y les confesó que en el club nunca habían pensado en tener una mascota.

–Pueden quedarse a mirar el entrenamiento que empieza en media hora. Si convencen a los chicos que compiten



en las interbarriales, su perra se transforma no sólo en la mascota del equipo, sino de todo el club -dijo con una mirada pícaro, mientras se despedía de ellos con un saludo.

Julieta y Gabo se sentaron cerca de la puerta esperando a los jugadores. Alfonsina olfateaba la vereda y buscaba algún objeto con qué entretenerse. Los tres estaban cansados y tenían ganas de ir a casa a tomar la merienda (y la perra a dormir la siesta y subirse al sillón cuando nadie la mira). Ya esta-

ban por abandonar la misión cuando se dieron cuenta que Alfo estaba adentro del club, en el fondo de la cancha; había encontrado una pelota que una nena, de la misma edad de ellos, pateaba una y otra vez. Las dos jugaban concentradas cuando la voz de Julieta las interrumpió.

–Hola, ¿sabés si van a venir los chicos del equipo? Tienen entrenamiento ahora, pero no llegó ninguno.

–Sí, yo soy del equipo. El resto debe estar por llegar.





–Pero si vos sos nena. ¿Cómo es que jugás al fútbol? –preguntó sorprendido Gabo.

–Sos medio de la época de los dinosaurios, vos. En este club jugamos mixto. No se hacen diferencias, si te gusta, venís, te sumás y jugás –les dijo mientras seguía pateándole la pelota a una Alfonsina feliz y movediza.

Al rato empezó el entrenamiento. Los chicos y la perra se quedaron mirando la práctica, sentados en la tribu-

na de la cancha. Alfo lanzaba un ladrido de vez en cuando, y tironeaba de la correa, como pidiendo entrar al campo de juego.

El partido fue intenso. El arquero estaba inspirado ese día: una muralla en los tres palos y perfecta lucidez en las salidas. La nena que había jugado con Alfonsina era una gran defensora: resultó un obstáculo imposible para los delanteros y en la marca personal, una garrapata.

“El futbol es divertido, es alegría, pero en la cancha no se pavea”, escucharon



que les dijo el señor flaco a los chicos, como cierre del entrenamiento. Luego los mandó al vestuario a cambiarse.

Era el momento de actuar. Tenían que convencerlos antes de que se fueran.

–Hola, yo soy Julieta, él es Gabo y ella es Alfonsina. Vinimos al club porque creemos que este equipo necesita que mi perra sea su mascota y amuleto de la suerte.

Todos los jugadores y jugadoras los miraron entre divertidos y sorprendidos.

–Ningún equipo infantil de la ciudad tiene mascotas –dijo un chico pecoso y de pelo colorado.

–Bueno, ustedes podrían ser los primeros –replicó Gabo.

–Vengan el sábado al partido y probamos. Ahora es tarde y todos queremos irnos a dormir –terminó la conversación el chico que tenía la banda de capitán del equipo.

Era un hecho: el sábado serían los



mejores hinchas, fanáticos y arengadores del partido. A Alfonsina tenía que amarla todo el barrio.

Ese atardecer, cuando Julieta llegó a su casa se encontró con la mitad del living sin muebles; la cocina sin platos, tazas, ni vasos y el cuarto de su mamá con el colchón en el suelo. El hogar ya no tenía su habitual y bella escenografía. La mudanza estaba cada día más cerca y Julieta seguía sin hacer la lista y sin saber si Alfonsina sería bienvenida

en el nuevo hogar.



El día estaba templado. Amaneció nublado y con el correr de las horas, las nubes dieron paso a un sol agradable y cálido. Los chicos del barrio llegaban al club Águilas de El Palomar, algunos con sus padres, otros con hermanos mayores; había quienes lo hacían solos.

En la esquina del club, Julieta, Gabo y



Alfonsina esperaban a que entrase toda la gente. No querían arriesgarse a que algún padre o madre no amante de los animales les reprochara que llevaran una perra al partido de fútbol.

Ese día los locales, los del barrio de Julieta, se enfrentaban al club Anselmo Nevares. Era un encuentro decisivo: Nevares estaba a la cabeza en la tabla del campeonato de la liga infantil 2014 y, si triunfaban, quedarían a dos partidos de ganar; serían así el mejor equipo de todos los barrios de la provincia de

Buenos Aires.

En el vestuario de las Águilas el señor flaco motivaba a los chicos con palabras de aliento: potencia, juego limpio y trabajo en equipo, las claves de la estrategia del director técnico.

Con el sonido del silbato de inicio, Julieta y Gabriel entraron a la cancha y se acomodaron en un rincón de la tribuna, visibles para el público y los jugadores. Alfonsina no pasó desapercibida. Muchas personas se fijaron en ella; algunas con caras de sorpresa, otras un





poco molestas o incómodas.

Era difícil desviar la mirada de ese trío extraño; le habían puesto a Alfo una camiseta del club del barrio y ellos empuñaban una corneta de colores que a cada rato hacían sonar. Definitivamente, esa tarde de sábado, eran de los que más alentaban al equipo.

Habían pasado 80 minutos del encuentro y el partido seguía trabado; el marcador clavado 0 a 0. Los equipos apelaban a jugar con la defensa, incluso los delanteros no arriesgaban demasia-

das pelotas cerca del arco contrario. Cuando faltaban pocos minutos para que el árbitro finalizara el partido, una jugada de gol en el área de los Nevares, terminó con una infracción sobre uno de los delanteros de las Águilas. El árbitro cobró penal y la cancha se llenó de gritos (que le demostraban al juez que no estaban de acuerdo con lo sancionado o festejaban por la posibilidad de inclinar el marcador a su favor). La chica que había estado jugando con Alfonsina fue la encargada de patear el



penal. Acomodó la pelota en el punto indicado, se subió las medias, miró fijo al arquero y disparó su mejor tiro.

–Saaaaaqueeeeen a ese perrooooooo de la caaaaanchaaaaaa. ¿Quién lo dejó entrarrrrrrrr? –gritó, alargando las palabras, el señor flaco cuando vio a la camiseta peluda correr con la lengua afuera hacía el arco contrario para atrapar la pelota que la jugadora acababa de patear.

Julieta y Gabo se miraron sin pestañear, la corneta en el piso, los cachetes

colorados. Era el fin. Todos en el club los fulminaban con la mirada; los jugadores levantaban los brazos y gritaban frases que ellos no llegaban a oír, mientras Alfonsina corría y ladraba, ajena a todo, intentando quedarse con la pelota que acababa de robar. Lo comprendieron enseguida, los iban a echar del club en los próximos minutos.

–Otro plan fracasado –dijo Gabo desanimado.

–No sé si llorar o reírme.



–Esta vez no fue mi culpa, por lo menos. La que arruinó todo fue tu perra. Agarrátelas con ella.

–La culpable fui yo, ¿cómo pude pensar que se iba a quedar quietita, sopor-tándonos a nosotros y las cornetas esas a dos centímetros de sus orejas?

La carcajada de Gabo retumbó en las calles casi vacías de El Palomar. Los amigos se rieron un largo rato, liberándose del nerviosismo vivido y la ansiedad de la planificación del segundo plan.

Caminaron por el barrio conversando sobre lo ocurrido e intercambiando escenas inolvidables del gran momento: la mamá de un compañero de la escuela queriendo atajar a Alfo cuando vio que iba a salir corriendo hacia la pelota; el señor flaco gritando enfurecido, olvidándose de chequear el estado de su “pelo”, perdiendo la compostura y su peluquín muy bien disimulado; el árbitro del partido corriendo a la perra, tocando el silbato y haciéndole señas para que saliera de la cancha, como



dirigiéndose a un jugador como cualquier otro.

Cuando llegaron a la puerta de la casa de Julieta, Gabo se despidió acariciando a Alfonsina y mirando con ternura a su amiga.

–Ya vamos a encontrar la forma de convencer a tu mamá, no te preocupes.

–Gracias, amigo. Espero que sí.



Julieta y Gabo caminaban por el barrio con Alfo, como casi todas las tardes. Llevaban unos papeles para repartir. La perra mordisqueaba alguna sobra de comida que había logrado rescatar del piso, sin que los chicos se dieran cuenta.

A escondidas de la madre de Julieta, dejaban en veterinarias y negocios de productos para perros unos improvisados folletos que pedían un novio para Alfonsina. Como temían que la mamá





de Julieta los viera y se enterase del plan, no habían puesto nombres, fotos ni el teléfono de la casa de Julieta. Sólo figuraba el teléfono de Gabo.

–Hay que lograr que Alfo tenga su propia familia. ¿Con qué corazón mi mamá va a sacarme a la perra si tiene cachorritos?

–Este plan es una genialidad. No puede fallar. Y de última, si en unos días no conseguimos novio, le pedimos a Esteban que nos dé a Toby.

–Ni loca, yo a Esteban no le pido nada. Y menos un novio para mi perra.

–Cortala, Juli. Ya pasó tanto tiempo desde que se pelearon. Si lo necesitamos, no va a quedar otra.

Después de repartir todos los folletos, descansaron en uno de los bancos de la plaza y se hamacaron un rato, en silencio.

La tarde siguiente sonó el teléfono en lo de Gabriel. Era la dueña de Rudolf, un mestizo marrón y blanco que solía pasear en el mismo grupo de perros



que Alfonsina, llamaba para ofrecer a su perro como novio.

Al otro día, Julieta, Gabo y Alfonsina llegaron a lo de Rudolf. La casa estaba a ocho cuadras del colegio de los chicos, cerca de la plaza donde jugaban siempre. Les resultó curioso pensar en todas las veces que pasaron por la puerta, sin imaginar que allí vivía el futuro novio de Alfonsina.

Pasaron dos horas y seguían sentados en el living de la señora Alcira (la “mamá” de Rudolf), tomando tecito y

comiendo vainillas. Habían dejado a los dos perros juntos en el patio y los miraban de vez en cuando para comprobar si se entendían o seguían sin prestarse atención.

—Me dijiste que la perra era amigable y juguetona, y hace dos horas que no para de mirarnos a través del vidrio del patio.

—Es que ella es así, amistosa, adorable. No entiendo qué le pasa. Tal vez deberíamos salir de su vista, así no se entretiene con nosotros. ¿Por qué no



corremos las cortinas mejor?

–No creo que eso cambie la situación, querida. Me parece que mejor se vuelven a sus casas, porque esto no está funcionando.

–Señora Alcira, por favor, démosle unos minutos más. Para mí que se llevan bien, solo que Alfo capaz está un poco asustada.

–¿De qué va a estar asustada? ¿Seguro que está en celo esta perra?

–¿En celo? No, no, celosa nunca fue. En casa está sola con mamá y conmigo,

pero se porta bien cuando vienen visitas. Nunca atacó a nadie.

—En celo querida, en celo. Que si está lista para tener novio y hacer cachorritos. Nena, ¿sabe tu mamá que están acá? ¿Le avisaste?

La señora Alcira empezó a levantar la voz: que era una locura lo que habían hecho, que no tenían idea lo que era el celo de una perra, que cómo no le habían avisado a sus padres, que con qué derecho le hacían perder el tiempo así,



que era una vergüenza, que...

Finalmente la dueña de Rudolf agarró a la perra, le puso la correa y les dijo que se vayan de su casa.

Volvieron desanimados a lo de Julieta. Alfonsina caminaba cansada y los miraba con ojos de no entender qué pasaba.

–Yo pensé que en cualquier momento podían hacer los cachorros.

–Yo también. Lo del celo, ni enterado. Tendríamos que haber buscado en Internet primero, o hablado con tu

abuelo Lorenzo. Igual, ya nos va a llamar otra persona. Ella no es la única en el barrio que tiene un perro.

—Sí, ya sé, pero viste eso del cielo. Me parece que Alfo no lo tuvo todavía. Y si ya lo tuvo, capaz que no lo va a tener más y no va a haber oportunidad de que tenga cachorros.

Investigaron en la biblioteca de la casa de Julieta y navegaron por Internet hasta encontrar algún dato. También revisaron los papeles con toda la infor-





mación sobre las vacunas, antipulgas y remedios que le dieron a Alfonsina.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pará un poco. Acá dice que Alfonsina no tuvo el celo, así que puede tener cachorros.

—¿Y cómo sabemos cuándo va a tenerlo?

—Y... ¿qué sé yo? Tenemos que preguntarle a tu mamá. No lo anotó en ningún lado.

—¿Estás loco? ¿Cómo le voy a pre-

guntar? Va a descubrir nuestro plan. O peor, va a descubrir todos nuestros planes fracasados.

Gabriel dejó los papeles a un costado y le dijo que si no se calmaba no la iba a ayudar más. Se había puesto de nuevo el buzo que hacía un rato se había sacado, tenía la cara un poco rígida, la mirada cansada. Era un chico siempre predispuesto, amistoso, con muy buen humor, hasta que lo abrumaban con palabras repetidas y preguntas insistentes. Hoy era uno de esos días.



Al día siguiente Gabo llegó a la casa de su mejor amiga con un perro de raza bóxer, color atigrado, de unos 10 años, inquieto y bastante ladrador. Entre los dos lo empujaron para que pasara por la puerta, porque estaba tan entusiasmado que tironeaba como loco de la correa, para irse a la calle a ladrarle a los autos que pasaban.

Cuando lograron entrarlo, Vitto inició una carrera al estilo galgo, que

terminó a dos centímetros y medio del hocico de Alfonsina. Claramente contentos, ambos perros chocaban sus cuerpos, se olían y ladraban con mucha energía.

–Creo que se gustan –sonrió Gabo.

–Parece que sí. ¿De dónde sacaste a este perro vos?

–Si te digo, prométeme que no te vas a enojar conmigo.

–Mejor que no sea lo que me estoy imaginando, Gabriel.



–Escuchame bien: yo pensé en nuestro objetivo. No me quedaba otra.

–Claro, no quedaba otra, entonces fuiste y le pediste ayuda a mi enemigo número uno. Vos sí que sos un amigo.

–Pero él nos prestó a Vitto, algo de buena onda tiene.

Cuando mencionaron a Vitto, los chicos se acordaron de que habían dejado a los perros solos en el patio. Inmediatamente, corrieron hasta el fondo de la casa. La escena con la que se encontra-

ron parecía sacada de un dibujito animado de la tarde.

Alfonsina estaba más negra de lo que era; el barro le tapaba todo el cuerpo y casi no le permitía moverse. Y Vitto —que había tenido la delicadeza de no revolcarse en el pasto mojado— se había dedicado a comer y mordisquear todas y cada una de las prendas de ropa que estaban colgadas en la sogá del patio. No quedaba una bombacha con elástico, un jean con cierre, un saco con botones. Toda la ropa estaba arruinada.



Después vino un interminable silencio, miradas al suelo, ojos vidriosos, bocas cerradas. Los perros parecían oler esas sensaciones, interpretar esos sentimientos, ver esa tristeza. Cada uno se echó en el piso, a una distancia prudencial de las prendas desparramadas por el patio.

Julieta se sentó encima de lo que quedaba de su vestido a cuadros, miró el piso y se puso a llorar. Gabo, conmovido, se acomodó al lado de ella y le acarició el pelo.

—No llores. Tal vez mientras estábamos en la pieza, Alfonsina y Vitto hicieron los cachorros.

—¿Te parece? Sería un milagro.

Una vez repuestos del impacto que les causaron los desmanes perrunos comenzaron el operativo “ocultamiento del desastre”. Tenían que bañar a Alfonsina, levantar y esconder la ropa rota, y baldear el patio para no dejar evidencias del desastre.

Con los dos perros atados, uno en





cada punta del patio, se dedicaron a juntar la ropa, lavar el piso y las manchas de barro de las paredes. Con una velocidad desconocida para ellos, lograron esconder las prendas rotas en la pieza de Julieta y esperaban poder reponer algunas, antes de que llegara la mamá.

Unos minutos después, estaban bañando a la perra con la manguera, los baldes y el champú. Nunca le había gustado el agua, así que fue difícil sacar el barro de las patas de Alfonsina. Cada chorro iba acompañado por un

contoneo corporal descontrolado y un temblor similar a un terremoto de baja escala. Entre los dos dominaron a la perra, pero terminaron mojados y embarrados desde los rulos rubios de Gabo hasta las zapatillas rojas de Julieta.

11

—¿Pasó algo con la perra? La veo muy nerviosa. Y me pareció que las plantas del patio están un poco mordidas. ¿Ha-



brá sido ella?

–Hubo un pequeño problema con Alfonsina, sí. Vino de visita un amigo con su perro, los dejamos solos un ratito en el patio y se armó un poco de lío.

–¿Qué tipo de lío Julieta?

Ahora venía la parte en que la hija le dice a la madre que los perros destruyeron la mitad de la ropa colgada en el patio.

–Rompieron algunas cositas.

—¿Qué “cositas”? Por favor, andá al punto. ¿Qué pasó?

Julieta bajó la mirada y dijo:

—Casi toda la ropa que habías dejado secándose.

Lo que siguió fue una carrera hasta el cuarto de la hija, con la madre al grito de: “¿cómo lo permitiste?, ¿te quedás sola una tarde y nos dejás sin ropa?”. Julieta cerró la puerta y escuchó el sermón: que era una barbaridad, que ya



era grande, que cómo había dejado solos a los perros, que quién era ese amigo que la vino a ver, que debía ser más cuidadosa, y muchos más que y ques.

La dejó terminar. Insistía con que abriera la puerta, que ya era grande y tenía que hablar como adulta.

–Dejame, mamá. Sé que no vas a entenderme si te cuento lo que pasó.

–Salí de ahí adentro, hija. Hablemos tranquilas.

Los minutos pasaban y del otro lado de la puerta, nada. Sólo silencio. Cansada de esperar, la mamá de Julieta se fue a su pieza, guardándose las palabras y los sermones para el día siguiente.



Era el mediodía y Julieta recién llegaba de la escuela; su casa estaba como nunca la había visto: llena de cajas y canastos, con las marcas de los cuadros en las pa-



redes desnudas y una fila de muebles y objetos esperando nueva ubicación.

Estaba cambiándose de ropa cuando su mamá pidió permiso para entrar a su habitación y le preguntó, una vez más, por “la lista de la cosas importantes” para llevar a la nueva casa.

–¡No te voy a dar ninguna lista, ni voy a guardar mis cosas hasta que me digas por qué no querés llevar a Alfonsina con nosotras! –gritó Julieta.

–¿De dónde sacaste que yo no quie-

ro llevar a Alfonsina con nosotras? Eso es un invento para no dar explicaciones por lo que pasó ayer con los perros en el patio.

–No, nada que ver. Es muy fácil de entender, vos dijiste que hiciera la lista de las cosas importantes para llevarme. “Cosas” dijiste, y ¿qué es lo que más quiero llevarme yo? Algo que no es una cosa: mi mejor amiga, ¡mi perra!

–No puedo creer lo que estás diciendo Julieta.

–Creelo, porque tampoco le diste la





comida, no la sacaste de paseo ni le hiciste un sólo regalo en todas estas semanas. ¡No te ocupabas de ella!

–Me parece que tu imaginación te llevó demasiado lejos.

–Nada que ver. Yo sé cuáles son tus planes.

–No hay ningún plan. Estuve ocupada con la mudanza, por eso no le presté atención a Alfo.

Desconcertada, Julieta se quedó mirando a su mamá que caminaba hacia

ella para rodearla con sus brazos. Pero no se dejó abrazar e intentó cerrar la puerta de su habitación, haciéndole señas a la madre para que saliera.

—Solo necesitaba una lista de lo que vas a llevarte en la valija azul. El resto es una confusión. Te quiero hija —dijo, mientras salía de la habitación.

Esa noche, ya más tranquila y antes de irse a dormir, volvió a intentar hacer la lista. Miró a su alrededor para elegir



los objetos que emprenderían el viaje a la nueva casa, pero se fue quedando dormida con el lápiz en la mano y la lista sin hacer.

Al despertar del otro día, la niña de los ojos de almendras se dio cuenta de que había soñado con todas las cosas que amaba de su casa. El ruido que hace el toldo del patio; la “selva” que forman las plantas que el abuelo Lorenzo le regaló a su mamá, esa selva donde vivió grandes aventuras, buscando insectos para “alimentarse” y condimentos para



sus “ensaladas”; la cajita de música en la que ya no estaba la bailarina, pero que repite hace años la misma dulce melodía; y aquel libro de tapa amarilla que le dio la abuela Elsa y que cobija a algunos de sus mejores amigos de la infancia.

Julieta se preguntó entonces: ¿serían esas las cosas importantes para incluir en la lista?

©

13

Era la mañana del día anterior a la mudanza. Mientras la mamá guardaba las últimas cosas del cuartito del fondo —la bici con la rueda pinchada, las herramientas de jardinería que nunca usaba, la cucha vieja de Alfonsina—, dejó un papel prolijamente doblado sobre un canasto de la mudanza.

A la tarde, un rato antes de que Julieta regresara del colegio, la mamá encontró

la carta. Con una sonrisa en los labios, se sentó en el suelo, abrió el papel y leyó en voz alta lo que decía la nota.

*Ya sabés lo que quiero llevarme. Primero que nada a Alfonsina, la “cosa” más importante que tengo en esta casa. Después, me gustaría seguir viendo el tol-do verde que da sombra al patio y escuchando el ruido que hace cada vez que lo abrimos. También quiero que las plantas que nos regaló el abuelo sigan formando una selva donde vivir grandes aventuras. Guardame la cajita de música sin bailari-*



*na; y, por favor, no te olvides de llevar el libro de tapa amarilla que me dio la abuela Elsa cuando cumplí los cinco años.*

*Lo último, mami: ayer soñé con todas estas cosas y me di cuenta de que, si encontramos lugar, quiero llevarme algunos los sonidos, colores, olores y sabores de esta casa. Ah, ¿y podremos cargar un bolso con las palabras que guardé todas estas noches debajo de la almohada, para escribir con ellas más historias en nuestro nuevo hogar?*



AUTORIDADES

---

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

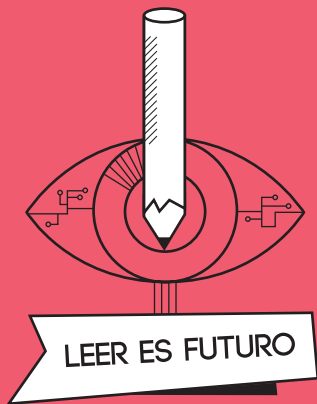
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS

SOCIOCULTURALES

Franco Vitali





Cultura Argentina



Ministerio de Cultura  
Presidencia de la Nación  
Argentina